

## *Poesía de una tierra*

ARCADIO LÓPEZ-CASANOVA

Una vez que yo estaba fuera de Galicia, siempre me ofreció la mano, la ayuda, el apoyo y ciertamente en esos momentos difíciles a él debo la publicación de un libro *Memoria dunha edá*, que él publicó en la colección Arealonguiña.

Leeré en principio dos poemas que son dos textos de reflexión de algún modo, de localización de la poética generacional y personal. Un poeta, como cualquier ser humano, es hijo de un tiempo, es hijo de una tierra, es hijo de una patria y desde ese estar en el mundo, estar en esa tierra, lo primero que siente es una identificación solidaria con los que con él comparten unas ideas, unos compromisos, unas devociones, unas atenciones y se reconoce por lo tanto en unos compañeros que comparten también una voz que es una voz de generación. Este es el título de este poema que significativamente abría ese libro de *Memoria dunha edá*, publicado por el profesor Xesús Alonso Montero.

Nunca tivemos nada, nunca  
tivemos nada, nada, nada;  
soio que vivos era o canto  
noso na Terra. Quén cantaba.  
(Altos de albor soñamos vida  
baixo da casa derrubada,  
teitos queimados, mesa probe  
do pan, lareiras desforradas).  
ollos que ollaron os solpores,  
fillos vencidos polas airas  
soias soleiras dende a Noite,  
(...)

Fillos do exilio,  
himno dos mortos, cruz das campas,  
montes de sombra, hortos, ermos,  
adros de pedra,—(¡Quén cantara

ora na Noite!)—, portas rotas,  
 altar do cáliz, teito e Casa  
 queimados sempre.  
 Non tivemos  
 —de ninguén fillos— nin palabra.

El segundo poema es un poema del libro *Mesteres*, se titula *Mester do poeta* por lo tanto es la función de la palabra del poeta, la palabra que en estos momentos quiere ser —como explicaba el profesor Alonso Montero— una palabra de la revelación, de la revelación desde lo que en mi visión del mundo en gallego es *la desfeita*, el espectáculo de la destrucción, los himnos de la desgracia o de la falta de gracia en la existencia. En definitiva la menesterosidad, menesterosidad social, menesterosidad de la patria y también menesterosidad espiritual, menesterosidad colectiva y menesterosidad individual. Por eso el poema, es un poema que es bastante recurrente en el libro, es un poema coral, un poema por lo tanto en el que intervienen —como iré presentando distintas voces. Y es un poema, además, como también es característico de *Mesteres*, de razón o signo sálmico, de una gran melodía a base de una palabra que quiere ser como un gran salmo que ese poeta intérprete y revelador de la menesterosidad quiere ofrecer a los demás.

## (O POETA)

*Porque para cantar é o Poeta;*  
*porque para doer é o Poeta;*  
*porque para luir é o Poeta...!*  
 Porque nunca morrer morre quen na torre da Noite ten árbores de canto!  
 Porque os árbores da noite do canto son a voz que aínda vive  
 Porque vive no albor dos árbores que ten maus para unha terra!  
 Porque sempre berra a Terra por quen na porta é de todos!

*Pra cantar,*  
 —o Poeta  
*pra doer,*  
 —o corazón do Poeta;  
*pra luir,*  
 os ollos de exilio e cinza do poeta!

## (REQUIEM)

Pra os méndigos do corazón están os camiños;  
 pra os méndigos de luz está o Templo caído;  
 pra os méndigos da terra está a terra do exilio.

—*Mailos camiños da Terra,*  
 ¿*Para ónde van?*;  
 —*mailo Templo da Terra.*  
 ¿*quén o erguerá?*;  
 —*maila Terra sen berra,*  
 ¿*a quén acobillará... ? (...)*

A estos dos poemas, un poco de poética. Voy a leer un texto de lo que el profesor Alonso Montero llamaba el canto civil, lo que él también ha llamado, refiriéndose a otros poetas, la palabra solidaria que, efectivamente, en aquellos años terribles en los que se empezaba a manifestar mi generación, pues era lo que la voz del tiempo y de la patria requería. Y la primera mirada de aquel joven poeta entonces era una mirada a su más cercano alrededor, a la tierra de su aldea —yo me crié en una pequeña aldea de la provincia de Lugo, en O Páramo. Y fijos en el recuerdo de ese niño las angustias, los dolores de aquellas gentes campesinas, de mis abuelos en los años duros de la posguerra, las historias de la guerra y los muertos en esa guerra.

#### In Memoriam

i en fila un  
 trato outro marcharon.

Nada sabían, repito.  
 Calados  
 fóronse, tristes  
 deixaron  
 as suas berras, os seus  
 campos,  
 por outras terras i outros  
 ermos ametrallados.  
 Cousas da guerra. (A historia  
 durou tres anos).  
 Ningún volveu. mortos están  
 sin saber por qué loitaron;  
 a sua patria era a terra  
 sucada polo arado.  
 (Non coñecían Españas  
 adeprendidas a disparos).

Después del libro de *Mesteres, Liturxia do corpo*, libro que le agradece y que le debe un espléndido prólogo, un espléndido estudio al profesor Xesús Alonso Montero. Pasa, si se quiere, a una palabra más ensimismada en el propio yo lírico del poeta. Desde el exilio, desde la experiencia de ese exilio,

la revelación que tiene el poeta puede ser la revelación de los signos, de la ultimidad, la revelación de la muerte, aunque la voz del poeta trata de objetivarse en una serie de figuras, en una serie de personajes como trato de representar en dos sonetos. Uno de ellos es el titulado *Fillo da orfandá* / Hijo de la orfandad.

Non quixo nunca, nunca nada  
que non for a malencolia;  
torre de lúa nil ardida  
acios de ouro desangaba.

Suidade súa tan amada  
deixou nos ollos luz de cinza;  
solpor de horas que doian  
abeiro era prás lembranzas.

De corazón sempre á canseira,  
sentiu a vida como eterna  
no muro aquil de señardá:

cando se viu que estaba solo  
cas seus olvidos, e ó fin dono  
do Tempo seu para soñar ..!

Y *Liturxia do corpo* se cierra con un poema también respondiendo a esta misma voz que llamábamos la voz ensimismada del poeta ante esos dramáticos signos de ultimidad que el poeta quiere interpretar y que también el poeta quiere transmitir a los demás, que se titula *Sombra de eternidade*. Aquí no tanto el poeta se objetiva en una de sus figuras, según él el melancólico, sino que el propio poeta se está dirigiendo a él mismo, se está apostrofando, se está apelando, está tratando de dialogar, está tratando de reflexionar él mismo sobre él mismo, sobre esos signos últimos de los que habíamos hablado.

(...)

Amaches tanto, amaches tanto, amaches  
tanto de señardá,  
que nada — luz, estíos, froitos, corpos  
tiveches de gozar.

Dixéche a ti mesmo: —«*Eu son a Vida*»,  
(¡ai!, voz de mocedá!);  
non creías que as horas, as túas horas,  
—onte. cedo, mañá...—,

nos bídalos de ouro foran frouma  
de días, noites, vrans,  
outonos do doecer, xistra de cinza  
co inverno de abalar.

Ledo cantaches: —« *Non hai morte...* » (Era  
pra ti toda a verdá).  
Ollos de luz, a Luz ollabas túa  
nos soños do soñar.

—« *Non hai morte, non hai...* » E ora tés medo  
da morta craridá:  
escura Noite, escuros pasos lonxe,

### POISQUE ELA ESTÁ A CHEGAR

El poema siguiente es el más representativo de dos aspectos: por una parte el aspecto de la vivencia del exilio, de la vida como exilio, de la existencia como exilio y de cómo en ese exilio el poeta ya se siente humanamente vencido y se siente sumido en el desvalimiento y en una tierra, en un paisaje —hermoso por otra parte— que es el cambio del alto de Galicia al Mediterráneo, pero no es su tierra, que no son las raíces de su patria, y en él, además, el poeta, desde ese sentido del vencimiento y del desvalemiento, se encuentra definitivamente vencido, acabado, anciano y solo —ese es el otro aspecto—. Aparece una figura recurrente en mi poesía que es la figura de la mujer, que es el único signo que el poeta tiene como signo de belleza, como signo de plenitud, como signo de vida y signo, en definitiva, que es el único capaz de acompañarle y de guiarle en ese desvalimiento, en esa soledad y en ese vencimiento del exilio. El poema es un himno, así se subtitula y se titula *Liturxia do corpo*. De manera que anunciaba, este poema de *Mesteres*, ya lo que iba a ser el libro siguiente que va a llevar como título general este *Liturxia do corpo*/Liturgia del cuerpo.

### LITURGIA DEL CUERPO

Te miro con ojos que fueron míos  
—los de la juventud—,  
ahora que ya viejo estoy a exilio, y a niño crezco, y hombre me siento a la  
puerta de la  
[Casa;  
con lucidez y resignación,  
con vida y muerte,  
con amor,  
y eres tú, y eres tú, y eres

tú  
reconocida y salvada, a mi lado siempre,  
sola,  
sola ante el mar, ancla de hierro,  
reclinada para vivir, albor de concha y algas,  
—¡oh desamparada!—,

y eres tú  
voz que todavía llama al niño mío allá, allá en el umbral de piedra,  
en el remanso de  
[la consolación,  
y eres tú,  
cuerpo que todavía llama por el hombre que contigo llegó a esta  
tierra, a esta Casa  
[de naranjos, al lecho unjido de racimos, y eres tú,  
mano que todavía guía a quien ya triste de horas y de vejez, de  
exilio y vida, de  
[cuenco y de agua,  
ahora, ahora,  
junto al mar de ceniza y arenal contigo está,  
contigo  
está,  
contigo —¡oh desamparada!— mira el atardecer, la luz de los na-  
ranjos caídos, las olas,  
[siempre las olas,  
y regresa, regresa a la Casa derrumbada,  
se arrodilla en el horno quemado,  
se acuesta en el lecho cuando la noche no es más que Noche, mármol de ga-  
viotas contra la  
[ventana de la desolación,  
y entonces reconoce,  
y entonces  
reconoce todo lo que fue canto, salmo, zanfona de exilio,  
Tierra maldita de la que con cadenas de procesión, y gritos de hierro, y cu-  
chillos, y  
[guadañas de fuego me desterraron hace ya toda una vida,  
horas y horas,  
años de genuflexión, de perdón, de corazón, de rezo,  
de caminos, y caminos, y caminos,  
de mirar, como ahora, en el atardecer del vino, ante el mar,  
sus manos de vejez cruzadas sobre el pecho,  
malditos,  
malditos,  
malditos...

